DAVIDE MOMBELLI

(Ed.)

LA OBRA ANTROPOLÓGICA DE JUAN IGNACIO MOLINA
Selección



Serie *Documenta*
Recensión

LA OBRA ANTROPOLÓGICA DE JUAN IGNACIO MOLINA

Selección

Serie *Documenta*
Recensión

COLECCIÓN:
Serie DOCUMENTA RECENSIÓN

https://revistarecension.com/comite/

© De esta edición y su introducción, Davide Monmbelli. 2026

Edición Digital
ISSN: 2659-5028

Davide Mombelli. *La obra antropológica de Juan Ignacio Molina, Selección*, ed. de Davide Mombelli, Madrid, Instituto Juan Andrés, 2026.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

FRAGMENTOS 15

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Juan Ignacio Molina (Talca, Chile, 1740-Bolonia, 1829) fue uno de los principales naturalistas, historiadores y antropólogos americanos de la Ilustración, así como un destacado miembro de la Escuela Universalista Española[1].

La obra naturalista y antropológica de Molina estuvo profundamente marcada por la distancia, consecuencia de su exilio en Italia tras la expulsión de los jesuitas de los territorios de la Corona española en 1767. Desde allí se propuso describir la geografía, la naturaleza, la historia y las sociedades de Chile. Para ello se apoyó tanto en su conocimiento directo del territorio como en las herramientas conceptuales de la ciencia europea de su tiempo. Participó así en la denominada "disputa del Nuevo Mundo", en la que defendió la cultura y las sociedades americanas, en particular las chilenas. Fue, además, informante de Lorenzo Hervás, quien recurrió repetidamente a sus noticias sobre las lenguas y la antropología de araucanos y patagones en el primer volumen de su *Catálogo de las lenguas*.

En 1776, Molina publicó en Bolonia el *Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Chile*. A esta obra siguieron el *Saggio sulla storia naturale del Chili* (1782, con una segunda edición en 1810) y el *Saggio sulla storia civile del Chili* (1787). De estos dos últimos títulos proceden las traducciones españolas incluidas en la presente selección: el *Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile. Primera*

[1] Para la bibliografía sobre el autor, véase el portal dedicado a la Escuela Universalista Española de la Biblioteca Humanismo-Europa: https://humanismoeuropa.org/wp-content/uploads/2018/03/molina.pdf. El investigador que más se ha dedicado al estudio y la recuperación de la obra de Molina es Walter Hanisch. Véase F. Riesgo Martínez, "Juan Ignacio Molina, sabio de su tiempo, y Walter Hanisch", en P. Aullón de Haro (ed.), *Idea de la Ilustración. Estudios sobre la Escuela Universalista Española*, Madrid, Verbum, 2022, pp. 460-472. Para una introducción general a la obra de Molina, véase también H. Briones Toledo, *El Abate Juan Ignacio Molina. Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1968.

parte, que abraza la historia geográfica y natural, publicado en Madrid en 1788, y el *Compendio de la Historia civil del Reyno de Chile. Parte segunda*, aparecido en 1795 en una versión ampliada y anotada por Nicolás de la Cruz y Bahamonde.

Los prefacios de ambos volúmenes permiten apreciar cómo Molina define el objeto, el método y las circunstancias de su trabajo. La historia natural se ocupa de la configuración del territorio chileno, de su clima, su flora y sus demás producciones naturales, que el autor ordena y compara con las de otras regiones. La historia civil completa este panorama mediante el estudio de las poblaciones que habitan el territorio, sus instituciones y su devenir histórico. Por su parte, el capítulo dedicado a la "Idea de la lengua chilena" pone de manifiesto el lugar central que ocupa el análisis lingüístico comparado en su interpretación de las sociedades indígenas. Naturaleza, lengua e historia constituyen así dimensiones estrechamente vinculadas de un mismo proyecto epistemológico.

Durante su madurez, Molina amplió esta perspectiva en las memorias de historia natural que leyó ante el Instituto de Ciencias, Letras y Artes de Bolonia, reunidas en dos volúmenes en 1821. En ellas, la descripción del espacio chileno cede el paso a problemas de alcance general relacionados con la organización de la naturaleza y la historia del género humano.

En *Analogías menos observadas de los tres reinos de la naturaleza*, memoria leída en 1815, Molina establece una comparación entre los reinos mineral, vegetal y animal. Defiende la unidad de los seres naturales y concibe entre ellos una gradación continua que asciende desde las formas más simples hasta el ser humano. Minerales, vegetales y animales participan, aunque en distinto grado, de una naturaleza común, sin que existan separaciones absolutas entre los diferentes órdenes. Algunos estudiosos han visto en esta memoria un antecedente de las teorías darwinianas de la evolución; así lo sostiene Espinosa en *El Abate Molina, uno de los precursores de Darwin* (1946).

Sobre la propagación sucesiva del género humano extiende el método comparatista a la historia natural y antropológica de la humanidad. Molina parte de la unidad del género humano y se sirve de la geografía para argumentar que las distancias entre los continentes no impedían el tránsito de unas regiones a otras. Expone, de este modo, tres posibles vías para el poblamiento de América: el estrecho de Bering, las islas polinésicas del Pacífico y la ruta de Groenlandia.

En esta edición presentamos una selección de fragmentos procedentes de cuatro obras de Molina, representativos de sus diversos intereses antropológicos y naturalistas. La selección responde a un criterio general: parte del estudio de la naturaleza y avanza hacia la antropología lingüística e histórica. Al comienzo de cada fragmento se indica su procedencia. Hemos modernizado la ortografía de las antiguas ediciones del *Compendio*. Para los fragmentos tercero y cuarto, pertenecientes a las *Memorias*, hemos utilizado la rigurosa traducción española publicada en la revista *Anales de la Universidad de Chile*.

Como anexo, incluimos un fragmento del estudio *Juan Ignacio Molina y sus obras*, de Walter Hanisch, principal especialista en la producción científica del universalista chileno.

FRAGMENTOS

FRAGMENTOS

I

Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile. *Primera parte, que abraza la historia geográfica y natural*, trad. de D. J. de Arquellada Mendoza, Madrid, Antonio de Sancha, 1788.

PREFACIO DEL AUTOR

La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y de sus animales, las lenguas de sus habitantes; y en suma, todo lo que puede empeñar su atención en aquellas varias regiones, entre las cuales, por testimonio de los autores que escriben de aquella parte de nuestro globo, es el Reino de Chile una de las más considerables, no tanto por su extensión, cuanto por haber salido dotado de las manos de la naturaleza con parcialidad, y con particular cuidado; y porque, sostenida y favorecida de las delicias del clima, ha esparcido allí con prodigalidad sus mejores dones, exentos por la mayor parte de aquellas incomodidades que suelen acompañarlos en otros parajes.

Este país es, por decirlo así, la Italia, o más bien el jardín de la América meridional, en donde brilla con la misma perfección y abundancia que en la Europea todo cuanto se puede apetecer para disfrutar una vida cómoda; pues hallándose situada la porción más considerable bajo los mismos grados de latitud, goza de los mismos climas; y extendiéndose al modo de ésta mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles. Los Andes, llamados por otro nombre la Cordillera, que le circuyen por el oriente, hacen las veces de los Alpes y de los Apeninos, encaminándole igualmente que estos un gran número de ríos para que amenicen

y fertilicen sus campos; y así como la prosperidad de Italia se deriva sin duda de las dos predichas cadenas de montes, la del Reino de Chile depende totalmente de sus cordilleras; estando tan íntimamente persuadidos de esta verdad aquellos habitantes, que siempre que quieren dar la razón de algún fenómeno concerniente a su atmósfera o a sus tierras, recurren a los influjos de aquella montaña como a su agente más principal y más inmediato.

Pero a pesar de esto, se conoce todavía con mucha superficialidad un país tan apreciable, que no menos en la parte física que en la política presenta varios hechos dignos de consideración, y apenas se encuentra hecha mención de alguna de sus producciones en las obras de los autores que tratan en la actualidad de las cosas criadas que yacen esparcidas en las varias regiones de toda la tierra, de manera, que la índole, las costumbres y el armonioso lenguaje de sus antiguos habitantes, yacen tan ignorados como los maravillosos esfuerzos con que han procurado defender su libertad con tantas batallas como han dado desde el principio de la conquista hasta nuestros días.

Es cierto que los viajeros instruidos que han aportado en diferentes tiempos a sus playas no han dejado de hablar de aquel Reino; pero sus noticias son demasiado sucintas para que se pueda formar por ellas una justa idea de Chile. El Padre Luis Feuillé, religioso mínimo y francés doctísimo, describió con extraordinaria exactitud los principales vegetales que allí se crían, y algunos de los animales que allí se propagan, y esto con descripciones tan ciertas y tan conformes con los objetos que abrazan, que no he hallado el más leve descuido en cuanto escribió aquel grande hombre: pero su historia, impresa a expensas del Rey con grande aparato de finísimas láminas, no ha sido reimpresa de nuevo, y apenas es conocida de algunas personas.

Tampoco han descuidado los naturales ilustrar su país con sus propios escritos, siendo muchas las relaciones formadas con esta mira tanto en el siglo pasado como en el presente, pero que, por motivos que referiremos en su lugar, no han tenido la suerte de ser publicadas. Vivo persuadido de que tendrían una favorable acogida, siempre que saliesen a luz, las tres historias compuestas últimamente por Don Pedro de Figueroa, y por los Abates Don

Miguel de Olivares y Don Felipe Vidaurre, de las cuales las dos primeras tratan de los sucesos ocurridos en aquel Reino desde la entrada de los españoles hasta nuestros días, pudiéndose llamar perfecta en este género la historia del Abate Olivares según la crítica y exactitud con que ha sabido presentar los hechos más importantes de la guerra casi continua entre los españoles y los araucanos. El Abate Vidaurre se dedicó principalmente a manifestar las producciones chilenas [chileñas], y los usos de aquellos naturales; dos cosas que ha desempeñado con suma inteligencia y acierto.

[…] Con esta mira me había dedicado desde mi juventud a observar sus riquezas naturales, y a instruirme en sus acaecimientos, con intención de publicar sus resultas para beneficio común de mis compatriotas. Las críticas situaciones en que me he hallado, y que interrumpieron mis tareas, me privaron aun hasta de la esperanza de que pudiese llegar el día en que los continuase de nuevo; pero habiendo venido a mis manos por una feliz casualidad varios materiales de los más necesarios para mi empresa, me dediqué a formar el presente ensayo de mis interrumpidas tareas sobre la historia natural de aquella parte de América, al cual seguirá dentro de poco tiempo otro ensayo o compendio sobre la historia civil.

Este que ahora publico va dividido en cuatro libros: en el primero, después de dar una sucinta descripción del Reino de Chile, que sirve de oportuna introducción a lo demás de la obra, trato de sus estaciones, de sus lluvias y demás meteoros aqueos; de sus vientos, de sus exhalaciones ígneas, de los volcanes que se encuentran en sus montes y sierras, de los terremotos que allí se sienten, y de la salubridad de su clima. En los otros tres libros, destinados para individualizar los cuerpos pertenecientes a los tres reinos de la naturaleza, esto es, al mineral, al vegetable, y al animal, hablo por grados, y pasando de las cosas más sencillas a las más compuestas: I.º de las aguas comunes y de las minerales, de la estructura de los montes, de la cualidad de los terrenos, de las varias especies de tierra, de las piedras y sales, de los betunes y de los metales que se han descubierto, y del modo de extraer estos últimos del seno de la tierra, y de purgarlos de las materias heterogéneas; II.º de las yerbas, de los arbustos y de los árboles más útiles que allí se crían; III.º de los testáceos, de los crustáceos, de

los insectos, reptiles, peces, pájaros, y de los cuadrúpedos singulares que he podido observar; concluyendo mi narrativa, formando una idea ligera del hombre, considerado como habitante de Chile, en cuyas montañas coloco, igualmente los famosos Patagones, reputados por gigantes de la especie humana; reservando el hablar de ellos más largamente para mi segundo compendio.

He acomodado todos estos seres y cosas a los géneros establecidos por el célebre caballero Linneo, y cuando ha sido del caso he formado otros nuevos siguiendo su método; pero he tenido por conveniente no adoptar su modo de distribuirlos, pareciéndome poco adaptable a la naturaleza de esta obra. Bien que para reparar esta falta, he puesto al fin un catálogo, en el cual se encontrarán todos los seres y cosas colocados por las clases y por los órdenes de aquel gran naturalista; pero prevengo que en lugar de sus divisiones me he valido de otras más familiares y más acomodadas al corto número de objetos que yo describo, y que no sirven para otra cosa que para dar algún orden a mi narración.

He seguido los pasos del naturalista sueco, no porque esté yo persuadido de que su sistema sea superior a todos los otros, sino porque veo que en el día es el más generalmente seguido; pues a pesar de la grande estimación que profeso a su sabiduría, no puedo dejar de decir que me desagrada en muchos puntos muy esenciales su ingeniosísima nomenclatura, y que con mayor gusto mío habría seguido a Waller o a Bomare en la mineralogía, al gran Tournefort en la botánica, y a Brisson en la zoología, porque me parecen más fáciles y más acomodados a la inteligencia común.

Por esto mismo he usado parcamente de términos técnicos o facultativos en las descripciones, que quiero sean entendidas de aquellas personas que no se hallen iniciadas en el estudio de la historia natural; y cuando me ha sido preciso usarlos con alguna frecuencia, los he puesto al fin de la página, acompañándolos con las frases o definiciones latinas de las nuevas especies que refiero y describo. Bien que no olvidándome de la brevedad que me he propuesto seguir, me he ceñido a explicar únicamente aquellos atributos que bastan para caracterizar los objetos, omitiendo todos los demás, ya como menos necesarios, o ya por comunes a todas las especies del mismo género.

Tal es el motivo que he tenido también para contentarme con exponer sencillamente las cosas, sin internarme en la investigación de sus causas, ni difundirme en reflexiones que tendrían su lugar oportuno en el plan de una historia natural, circunstanciada y completa, pero que contradecirían el título de mi obra. Es verdad que cito a cada paso los autores extraños que tratan del Reino de Chile, y que esta frecuencia podrá fastidiar la delicadez de algunas personas, pero yo he tenido por absolutamente necesaria esta repetición, así porque no pretendo que se crea sobre mi palabra lo que escribo de un país tan remoto, como para poner de bulto que no solamente no exagero las cosas, sino que digo menos que lo que ellos afirman.

El mismo título de la obra anuncia lo que ella es en sí: conviene a saber, un compendio, una breve memoria de algunos de los seres y de las cosas naturales que contiene el Reino de Chile, y por lo mismo tendrán a bien las personas inteligentes no exigir ni esperar de ella lo que solo conviene a una historia natural, cosa que no me he propuesto, porque además de que un plan tan grande requeriría otras muchas circunstancias, sería imposible de desempeñarlo no teniendo a mano los objetos para consultar con ellos a cada paso, repetir experiencias, y formar con ellas infinitas ideas que no se pueden adquirir de otro modo.

Los lectores a cuya noticia hayan llegado las *Investigaciones filosóficas sobre los Americanos*, escritas por Mr. Paw, se maravillarán de ver describir un país de la América muy distintamente de como este autor quiere hacer creer que sean todas las partes de aquel gran continente: pero ¿qué hemos de hacer, ni cómo deberé yo faltar a la verdad por no exponerme a los sarcasmos y mofa poco decente con que acomete Paw a todas aquellas personas que se oponen a sus raras ideas? Yo he visto y he observado con suma atención cuantas cosas escribo; y no satisfecho con mi parecer, he consultado los escritores más imparciales y más apreciables que han reconocido las mismas cosas, y los cuales, de acuerdo total con mis propias observaciones, son otros tantos apoyos irrefragables de cuanto digo. Paw no solo no ha visto nada de lo que escribe y divulga, pero ni aun ha querido verlo en los autores que dice haber leído para formar su obra, pues sin embargo de que Frezier y Ulloa, a quienes cita con frecuencia siempre que le acomoda, hablan de

la maravillosa fecundidad con que el grano fructifica en el Reino de Chile, él se atreve a decir a presencia de todo el mundo que el trigo nace únicamente en algunos ángulos del norte de la América.

Deslumbrado de las consecuencias del sistema ideal que se propuso seguir por motivos fáciles de adivinar, lleva las cosas a tal extremo, que su obra queda en la clase de una inverosímil novela. Ni tampoco da mucho honor a sus luces y a sus talentos la lógica con que pretende probar sus decisivas aserciones, pues basta que haya en el inmenso continente de toda la América un islote o un cantón con algún defecto, para que participen de él todas sus provincias, bastándole para calificar tantas y tan innumerables naciones una miserable tribu de los más desconocidos salvajes. Sería no acabar, si quisiese exponer una por una las incongruentes premisas de donde deduce sus conclusiones anti-americanas, y con cuyo método se podría desacreditar igualmente cualquiera otra región de la tierra: pero ni la razón ni la filosofía aprobarán jamás semejante modo de proceder.

En suma, Paw ha escrito de las Américas y de sus habitantes con la misma libertad que pudiera haber escrito de la luna y de los Selenitas; pero quiere su desgracia que la América no diste tanto de nosotros como la luna, y así muchos sabios europeos que han estado en aquellas regiones, y que han visto lo que son con sus propios ojos, afirman lo contrario de lo que afirma Paw; y hay otros también que bien instruidos en la historia de las varias provincias de aquel continente, desprecian unas tan voluntarias cavilaciones, no faltando sabios que, guiados únicamente del amor a la verdad, han emprendido manifestar en sus escritos la insuficiencia de las razones de Paw, entre las cuales merece particular atención el Conde Juan Reynaldos Carli, bien conocido de los literatos por varias obras impresas, y últimamente por sus apreciabilísimas *Cartas Americanas*, en las cuales ha sabido recopilar como sabio filósofo y como crítico erudito todo lo que conduce para dar una idea verdadera de ambas Américas.

(pp. III-XIX)

II

Compendio de la Historia civil del Reyno de Chile. *Parte segunda*, trad. y notas de N. de la Cruz y Bahamonde, Madrid, Imprenta de Sancha, 1795.

PREFACIÓN DEL AUTOR

Justamente hace cuatro años que yo prometí dar sin tardanza al público el presente Compendio de la Historia Civil de Chile en continuación del primer tomo, ya dado a luz, sobre la Historia Natural del mismo país. Las promesas humanas son por su naturaleza condicionales. Cuando yo tomé aquel empeño, no dudaba poder tener en breve todo lo necesario para efectuarlo. El primer tomo manuscrito de la Historia de Chile del Señor Abate Olivares, que tengo en mi poder, y otras relaciones impresas, me proveían los materiales necesarios para conducir mi obra hasta el año de 1655. El segundo tomo del dicho autor, que debía suministrarme el resto hasta nuestros tiempos, se hallaba en el Perú, pero me lisonjeaba poderlo tener dentro del mismo año.

Esta esperanza quedó enteramente desvanecida. El volumen tan deseado aún no ha venido a mis manos; de suerte que me he visto obligado a procurar por otra parte las noticias que pensaba sacar de él, las cuales por este motivo no deben ser de tanta importancia. Las guerras solo nos pueden suministrar materia digna de la historia en aquel país. De estas, en estos últimos tiempos solo se cuentan dos, esto es, una en el año 1722, y la otra en 1767. Muchos de mis compatriotas, que viven aquí en Italia, se acuerdan todavía de los principales sucesos de ellas, mediante cuya ayuda puedo dar una suficiente relación.

En la exposición de los hechos yo no considero los autores sino bajo la razón general de hombres, prescindiendo que ellos sean de esta o de cualquiera otra nación. El único mérito que apetezco es el de ser imparcial. Ninguna cosa afirmo que yo no la haya encontrado escrita entre los autores que me han precedido, o que no la haya adquirido de personas dignas de fe. Porque las

reflexiones podían ponerme en compromiso, o hacerme comparecer más inclinado a una parte que a otra, he creído conveniente omitirlas, y limitarme a una simple narración.

[…] Las investigaciones sobre las lenguas de las naciones salvajes ocupan al presente la atención de muchos filósofos. Por esto he creído conveniente dar al fin de esta obra una idea de la habla chilena, la cual por su estructura y armonía, merece ser conocida. Se encuentran muchas gramáticas impresas y manuscritas de este idioma, pero yo me he servido especialmente de la del Señor Febrés, impresa en Lima, capital del Perú, el año 1765; la cual por el método y por la claridad, es digna de particular recomendación. He añadido un catálogo de los escritores de las cosas de Chile, el cual puede ser útil a aquellos que quieran darnos una historia completa.

(pp. 5-8)

* * *

IDEA DE LA LENGUA CHILENA

La lengua originaria de Chile, llamada en general Araucana del nombre del pueblo que la habla con más elegancia, es comúnmente nombrada por los nacionales Chili-dugu, esto es, lengua Chilena. Su alfabeto contiene las mismas letras que el latino, quitada la *x*, la cual propiamente no es más que una letra compuesta. Hay allí gramáticos que quisieran separar la *b*, y la *f*, substituyendo la *v* consonante; pero la *b* ocurre a menudo en aquel modo de hablar, como evidentemente se distingue en los derivados, donde se cambia en sus finales fuertes con la *p*. Así de *lab* (el espacio) viene la *pumën* (extender). La *f* aunque más suave que la latina, se hace sentir muy bien en muchas palabras. La *s*, que por algunos es llamada con razón más bien silbo que letra, no se encuentra sino en una veintena de voces, y jamás en el fin, donde alarga demasiado la pronunciación. La *z* es allí mucho más rara.

A más de estas letras comunes, los chilenos tienen una *e* muda, y una *u* particular como los franceses y los griegos. Ellos cambian frecuentemente esta *u* en *i*, como hacen los griegos modernos. La primera letra se nota con dos puntos, y la otra con acento grave para distinguirla de la *e* y de la *u* ordinaria. Tienen además una *g* narítica, y una *th*, que pronuncian tocando el paladar con la lengua, y muchas veces por costumbre la mudan en *ch*, diciendo por ejemplo *chegua* en vez de *thegua* (el perro). En todo el alfabeto de ellos no hay alguna letra gutural, ni vocal aspirada, lo que es muy de admirar en una nación inculta. Por lo demás yo me he propuesto seguir en la exposición de las voces chilenas la ortografía italiana.

Los vocablos todos fenecen en las seis vocales arriba dichas, y en las consonantes *b, d, f, g, l, m, n, r, v.* Por esta razón tienen quince terminaciones muy distintas, las cuales con su variedad hacen aquella lengua armoniosa y sonora. El acento se encuentra ordinariamente en la penúltima vocal, algunas veces en la última, y jamás en la antepenúltima. De este modo los pies dáctilos, o esdrújulos, que comunican tanta belleza a la lengua italiana, son enteramente excluidos. Las raíces propias, según lo que se puede sacar de los vocabularios, que hasta ahora son muy imperfectos, llegan a 1973, y por la mayor parte son monosílabas, o disílabas. Dije *raíces propias* porque algunos toman impropiamente por raíces todas aquellas voces que en algún modo producen otras. Llevados de un tan falso principio, dan a ciertas lenguas treinta a cuarenta mil raíces, lo que se debe reputar como una paradoja en la gramática. Las raíces de una lengua son aquellas simplísimas voces primitivas, que ni mediatamente ni inmediatamente derivan de alguna otra, dan el ser a varios vocablos, los cuales pueden consecutivamente extenderse en muchas diversas maneras. El número de tales raíces es muy limitado aun en las lenguas más ricas, cuales son la griega y la latina, como puede fácilmente aclararlo cualquiera que se tome la pena de investigarlo. Las voces radicales chilenas, a lo que nos parece, no tienen ninguna analogía con las de los demás idiomas conocidos. Por onomatopeya, o por accidente se encuentran entre ellas las siguientes palabras

griegas, y latinas poco cambiadas. Los vocablos italianos correspondientes exprimen la propia significación de los chilenos.

Muchas reflexiones se podrían hacer sobre el simple mecanismo de esta lengua, pero pudiéndose estas fácilmente formar por cualquiera que haya notado las observaciones fundamentales ya descritas, nosotros no trataremos más de ellas. De todo se colige ya el genio de las lenguas primitivas orientales, como el de las antiguas y modernas europeas. De su misma estructura se ve que ella es lengua primitiva, y por lo más análoga. Sin embargo, es muy singular que no haya producido algún dialecto particular, después de haberse propagado, por un espacio de más de 1200 millas, entre tantas tribus, sin estar subordinadas las unas a las otras, y privadas de todo comercio literario. Los chilenos situados hacia los gr. 24 de lat. la hablan de la misma manera que los demás nacionales puestos cerca de los gr. 45. Ella no ha sufrido alguna alteración notable entre los isleños, los montañeses, y los llanistas. Solamente los Boroanos, y los Imperiales cambian a menudo la *r* en *s*. Los Chilotes han adoptado varias palabras españolas, más por adular a sus amos que por preferirlas a las del nativo idioma. Si esta fuese una lengua pobre, podría aplicarse la causa de su inmutabilidad a la escasez de vocablos, los cuales no siendo destinados, cuando son pocos, más que para exprimir ideas familiares y comunes, difícilmente se cambian; pero siendo abundante de vocablos, es admirable, que no se haya dividido en muchos idiomas subalternos, como ha sucedido a las otras madres-lenguas que han tenido alguna extensión.

De esta breve noticia filológica podría el Señor Paw inferir no ser verdadera su aserción con la cual quiere dar a entender que todas las lenguas americanas son por sí mismas ásperas, y pobres de voces. Esta, y otras semejantes proposiciones suyas absolutas, cuando aun fuesen hasta cierto punto verídicas, serian, pero siempre susceptibles de mil excepciones. Habría debido más bien reflexionar, que para hablar decisivamente de las varias lenguas de un vasto continente era menester a lo menos haber consultado antes algunas de sus gramáticas, y jamás fiarse de las relaciones de los viajeros, las cuales deben estar llenas de imperfectísimas nociones, porque una lengua no se aprende de paso.

Además él levanta el grito, porque en estos idiomas no sabe encontrar algún vocablo capaz de significar el tiempo, la duración, el espacio, la materia, la forma, ni algún otro ser metafísico o moral. Por no hablar de los otros lenguajes americanos, si el Señor Paw hubiese entendido el chileno, habría encontrado en él todas estas voces, exceptuada quizá aquella que significa la materia en sentido universal, la cual no me acuerdo bien si se encuentra allí; supongamos también que no la hubiese, no debería causar maravilla, porque entre los latinos aun esta voz es metafórica, como lo es entre los griegos *hile*. Así en el mismo modo pueden los chilenos formarla. Pero no ha hecho reflexión este erudito filósofo, que en su nativo lenguaje alemán se dice *materie* y *form*, cuyas palabras, como también cuasi todas las demás pertenecientes a las ciencias, y aun a los usos de la vida civil, son tomadas prestadas del latino.

Las mismas ideas acerca de la pobreza de las lenguas americanas se encuentran mucho más exageradas en el artículo *América* de la vieja y de la nueva Enciclopedia. En él se dice que el diccionario de ellas podría ser escrito en una página, paradoja no solamente increíble, pero repugnante a las primeras luces de la razón, e indigna de tener lugar en una colección que debe honrar nuestro siglo. Efectivamente ¿quién jamás se podrá persuadir que hombres que discurren, y obran, sean reducidos a una escasez de ideas, que no se encuentra ni aun en los niños de tres años? Este no es el único paralogismo que se lee en el susodicho artículo. Dejo aparte las noticias poco fundadas que se despachan allí con un *se sabe*. Tal es entre otras la de un gran terremoto, que a 4 de abril de 1768 destrozó toda la tierra de la América. Nosotros estábamos aquel día mismo en Lima, país el más sujeto de toda la América a los terremotos, y no se sintió el más ligero movimiento. Partimos después el 7 de mayo del mismo año, y en este intermedio nunca oímos hablar de algún terremoto, no solo general, que es una quimera, pero ni aun particular, acaecido aquel año en alguna parte de la América. He querido hacer memoria de esta falsa relación, porque es alusiva al sistema de la reciente formación de aquel continente.

Yo no pretendo que entre las más rústicas tribus americanas no puedan encontrarse lenguas faltas de voces propias para exprimir las ideas demasiado compuestas, porque este es, y ha sido el carácter de todos los idiomas usados por las naciones incultas. Los lenguajes más copiosos y elegantes que se conocen fueron escasísimos en sus principios, y no se enriquecieron, sino a medida que los conocimientos se propagaron entre los pueblos que los hablaban. Seamos imparciales y confesemos que todas las naciones, sean americanas, europeas, o asiaticas, han sido semejantísimas en el estado selvático, del cual ninguna ha tenido el privilegio de eximirse. Desaprobemos también la sorpresa de aquellos escritores que se admiran de las lenguas, y las costumbres de los salvajes americanos, como si jamás hubiesen habido o no hubiesen al presente otros salvajes en el antiguo continente, cuyos usos e idiomas son igualmente reprehensibles. Apenas se hallará una costumbre entre los americanos, que no se encuentre la misma, o la análoga en las demás partes de la tierra. Si el Doct. Robertson hubiese querido hacer esta confrontación, no habría tenido ocasión de ponderar con exceso la rudeza, y extravagancia de los salvajes americanos. Basta leer con alguna atención la colección general de los viajes para convencerse de esta verdad, la cual, por otra parte, ha sido expuesta en toda su luz por el célebre Señor Conde Juan Rinaldo Carli en sus eruditas y filosóficas *Cartas Americanas*.

(pp.332-334 y 356-360)

III

Analogías menos observadas de los tres reinos de la naturaleza, trad. de F. Alliende, en *Anales de la Universidad de Chile*, núm. 134 (1965), pp. 5-65.

No sólo el vulgo, sino también personas instruidas en otros aspectos se maravillan en gran manera, y aún más, se ríen cuando oyen decir que es cosa muy difícil señalar una característica incon-

trastable que distinga adecuadamente un árbol, o cualquiera otra planta, de un animal. En cambio, aquellos que, por estar dotados de un espíritu reflexivo, no se contentan con detenerse solamente en la superficie de las cosas, encuentran entre estos seres, tan disímiles en apariencia, una analogía tan sensible y perspicua, que rechazan como insubsistentes y carentes de valor todas las notas diferenciales hasta ahora divulgadas para establecer su separación.

Aunque he sido siempre de la opinión de estos últimos, llevado por las observaciones comparativas sobre la manera de ser de estos dos tipos de productos naturales, sin embargo, para no oponerme obstinadamente al criterio, hasta ahora prevaleciente, de aquellos que opinan de modo diverso, después de haber expuesto algunos de los innumerables atributos que los avecinan, trataré de escoger, entre los caracteres distintivos hasta ahora propuestos, lo que me parezca que tiene un fundamento, si no inconcuso, al menos más especioso para admitir alguna diferencia entre ellos. Pero puesto que los productos de la naturaleza forman un todo único en el diseño y vario en la ejecución, y teniendo en cuenta su progreso gradual, no me ha parecido fuera de propósito que mi discurso sea precedido por algunas ideas sobre la conexión sensible que existe también entre minerales y vegetales, lo que haré con toda la brevedad posible para no abusar demasiado de vuestra paciencia.

Era opinión común entre los filósofos egipcios y griegos que todas las cosas creadas por la Suprema Inteligencia habían estado originariamente dotadas de un alma generadora de todos sus movimientos. Nuestro globo terrestre, según su modo de pensar, no es una masa inerte de fango. Reina una circulación vivificante en todas sus partes. Propiamente es un gran animal. Las montañas, que con ininterrumpidas cadenas lo atraviesan, son su espina dorsal; sus ramificaciones forman las costillas. Las rocas son los huesos mayores. Las aguas del mar son la sangre; las nubes, las arterias que la esparcen para fecundar toda la masa; los lechos de los ríos son las venas que la llevan de nuevo a su fuente, esto es, al corazón de la gran bestia. Las hierbas y los árboles hacen las veces de lana o pelo. Los animales son los insectos que roen sus carnes y chupan su gordura. Los volcanes, los desahogos del calor interno

de su vientre. Los terremotos, finalmente, son los paroxismos y estremecimientos de la fiebre que algunas veces lo atormenta.

Esta opinión tomaba su origen de un dogma más antiguo, establecido desde tiempo inmemorable entre estos filósofos, esto es, que todo cuanto existe aquí abajo proviene de un huevo. Nuestro mismo globo, como lo muestra su figura elíptica, no fue al comienzo más que un gran huevo que, fecundado por la enérgica virtud de la Divina Omnipotencia, y habiendo llegado a convertirse en animal, produjo en seguida los huevos de los que salieron los primeros minerales, vegetales y animales. Estos huevos primigenios contenían en miniatura todos los huevos que debían producir sucesivamente de generación en generación en virtud de la fuerza plástica que les había sido comunicada por el padre común. De aquí ha derivado la famosa hipótesis sobre la evolución de los gérmenes, adoptada y expuesta con todas las gracias del discurso por el célebre Bonnet en sus consideraciones sobre los cuerpos orgánicos, la que, a decir verdad, parece la más probable entre todas aquellas que se han imaginado acerca de la propagación de los seres vivientes.

Por lo demás, que los animales y los vegetales provienen de un huevo es un hecho innegable en Historia Natural.

Por lo que respecta a los animales ovíparos, nadie lo duda. En cuanto a los vivíparos, como lo demuestran los cortes anatómicos, incuban dentro de sí el huevo; por eso, después de la fecundación, salen fuera a su debido tiempo los fetos ya formados. Las semillas de las plantas, conforme al claro indicio que dan tanto su destino como su estructura, son los huevos de los vegetales. No sabemos con certeza de qué manera procede la naturaleza en las vísceras de la tierra para formar los diversos fósiles que en aquellos tenebrosos subterráneos se generan, ni sabemos qué fundamento plausible han tenido los filósofos antiguos para asegurar que las substancias minerales nacen también de un huevo. Posiblemente, habiendo observado que todos los cuerpos encerrados en la tierra tienden, por la vía húmeda o por la vía seca, hacia la cristalización, habrán creído encontrar en esta transformación regular un principio vivificante que la promovería y acompañaría hasta su perfecto desarrollo. No habrá faltado en aquellos tiempos algún

Haüy o Romé de L'Isle, que, a fuerza de cortar y separar láminas de cristales, haya encontrado y observado su núcleo primordial, al que por analogía se le habrá dado el nombre de huevo. De hecho, de este núcleo derivan todas las formas o figuras que observamos en los cristales desarrollados, tal como los pájaros están modelados sobre el embrión encerrado en su huevo, y las plantas, sobre el esbozo microscópico impreso en las semillas.

Estos primeros indagadores del origen de los seres físicos, inducidos por estas observaciones sobre su uniforme propagación, establecieron como una verdad fundamental que la naturaleza no procede por saltos; que no existe ni puede existir ninguna distinción absoluta entre los seres creados; que todos están conjuntamente encadenados por recíprocos vínculos, de modo que existe entre ellos una progresión gradual, en virtud de la cual los minerales llegan insensiblemente a vincularse con los vegetales, y éstos, con los animales. Este modo de pensar, que fue adoptado por todos los naturalistas hasta nuestros tiempos, especialmente por el antes alabado Bonnet, ha sido modificado en parte por el veneciano Donati y por algunos otros que prefieren considerar el orden con que la naturaleza procede en la distribución de los seres, no como una cadena continuada, compuesta de varios anillos, sino como una serie de hilos que, al distanciarse, forman una especie de red. Por eso, al decir de ellos, todo orden se junta con varios órdenes más, y toda especie está ligada a otras especies.

Este modo de pensar no ha agradado a la mayor parte de los naturalistas modernos. Ellos no admiten ni la cadena de los antiguos ni la red de Donati ni otras gradaciones entre los productos naturales. Todos éstos, conforme a la manera de opinar de ellos, son aislados e independientes unos de otros. Nuestro egregio colega Hermenegildo Pini que lanzó al tapete la unicidad de los seres, ha proporcionado un gran apoyo a los seguidores de esta opinión; pero, como esta unicidad, a pesar de las diferencias que puede llevar consigo, no destruye las innumerables relaciones que los seres físicos tienen bajo otros respectos entre sí, por lo que, sin ser idénticos, pueden muy bien relacionarse gradualmente, unos con otros, me parece que sus objeciones no tienen aquella fuerza que aparentemente deberían tener.

Los naturalistas precedentes, aunque no reconocieron ningún límite fijo entre los cuerpos naturales, sin embargo, para poner algún orden en sus ideas, los dividieron en tres grandes clases, a las que dieron el nombre de reinos de la naturaleza.

Como es sabido, los minerales fueron incluidos en el primer reino, los vegetales en el segundo, y los animales en el tercero. Esta distribución, sin embargo, como ya hemos indicado, fue hecha solamente para facilitar el estudio de la historia natural, y no porque se creyera que existiese una diferencia absoluta entre los cuerpos que componen estos reinos. A esta partición, por así decir, política, que no determina nada acerca de los seres comprendidos en ella, sucedió inmediatamente otra, más opuesta a los designios de la naturaleza. Tal es la que divide todos sus productos en dos secciones generales, esto es, en cuerpos orgánicos y cuerpos inorgánicos. Los animales y los vegetales fueron puestos en la primera sección, y los minerales, en la segunda. Los primeros, como dicen por ahí, crecen por *intus susceptionem*, es decir, viven en virtud de un fluido que se infiltra en sus partes más intrínsecas y deposita en ellas moléculas que aumentan su volumen. Los segundos, esto es, los minerales, no crecen más que por *juxta positionem*, es decir, también por medio de un fluido que circula alrededor de su superficie y aplica allí materias que tenía en disolución. Pero estas dos maneras de crecer, como veremos en seguida, son comunes a los individuos de los tres reinos de la naturaleza, por lo que la susodicha exaltada división, que pone una distancia infinita entre los minerales y los otros cuerpos creados, no es aprobada de ninguna manera por la naturaleza. Ella, en realidad, se complace muy a menudo en echar por tierra los límites que nuestras fantasías tratan de poner a sus operaciones.

El mismo Linneo, que reconoció la insubsistencia de tales separaciones sistemáticas después de haber encontrado machos y hembras entre los vegetales, e incluso entre las substancias minerales, a las que asigna por maridos a las sales; después de haber encontrado, en una palabra, el matrimonio establecido en todos los productos de la naturaleza, no tuvo la valentía de oponerse a la opinión dominante; aún más, la corroboró atribuyendo a los fósiles sólo el crecer; a los vegetales, el crecer y el vivir; y a los

animales, el crecer, el vivir y el sentir. Pero, si se concede vida a los vegetales, no veo por qué no puede concederse también a los minerales. La naturaleza no camina por dos vías diferentes.

(pp. 5-9)

IV

Sobre la propagación sucesiva del género humano, ed. de F. Alliende, en *Anales de la Universidad de Chile*, núm. 133 (1965), pp. 25-35.

Entre las fantásticas opiniones que, por deseo de singularizarse o de proponer cosas nuevas, se divulgan en nuestros días, no es la menos extraña aquélla que pone osadamente en duda, o simplemente niega, el origen y propagación del género humano desde las regiones orientales de nuestro globo hacia las occidentales. Para establecer esta aserción negativa, totalmente opuesta a la opinión común, fundada sobre el documento más antiguo y auténtico que tenemos sobre ramificación de nuestra especie, como es la historia de Moisés, se trata de prescindir del mismo, esto es, de no tomarlo en cuenta, como si en los hechos históricos fuese lícito prescindir o no prestar atención a las Memorias primitivas que los atestiguan, sin demostrar su falsedad con argumentos incontrastables.

Una vez aceptada esta hipotética exclusión, el campo queda libre para que cada uno forme sistemas arbitrarios sobre la población de las diversas partes de la tierra. Sería asunto demasiado largo exponer todas las conjeturas que se han forjado hasta ahora acerca de este tema. Me limitaré, por lo tanto, a señalar las opiniones de dos respetables escritores italianos, coetáneos nuestros, que no se diferencian entre sí más que en algunos puntos que la dificultad de la materia o las constituciones de los países donde escribían los han obligado a modificar. Estos autores, pues, siguiendo las huellas de algunos filósofos ultramontanos, sostienen que los primitivos habitantes de Italia no llegaron de otros países

extranjeros, sino que se originaron aquí, espontáneamente, brotando de la tierra misma a la manera de los hongos, o, para servirme de sus propias expresiones, como las encinas, que se propagan por sí mismas en los sitios adecuados para su crecimiento. Pero los botánicos instruidos se reirán de tal afirmación y harán notar hasta la evidencia que ni las encinas, ni otro vegetal alguno, brota y se propaga a no ser por medio de semillas precedentes, que pueden ser transportadas aun desde lejos por los pájaros, los vientos, las inundaciones o, finalmente, por las convulsiones de nuestro globo, que, como es sabido, fueron al comienzo más comunes y más violentas que al presente. Los hombres, por lo demás, a diferencia de las plantas tienen potencia locomotiva, gracias a la cual, sin la mediación de las causas señaladas más arriba, pueden trasladarse a donde quieran.

[…]

Puesto que los fundamentos alegados más arriba en confirmación de la generación equívoca de los individuos de la estirpe humana parecen no tener en sí una gran fuerza, los sostenedores de la misma han creído, en vano, obtener un argumento irrefragable en favor basándose en la población de América, que, por estar separada del viejo continente por el vasto Océano, no puede de ninguna manera, en opinión de ellos, haber recibido desde las regiones orientales a los primeros colonos, totalmente desprovistos, como debían estarlo, del arte de la navegación. Muchos autores célebres, después del descubrimiento de aquella gran porción de nuestro globo, han intentado resolver este problema o explicar de qué manera los hombres pudieron llegar o ser transportados hasta allí. Algunos los han hecho pasar a través de la fabulosa Atlántida de Platón, considerándola como parte vecina o integrante de América. Otros los han creído originarios de fenicios y cartagineses impulsados hasta allá por la violencia de las borrascas. Otros, finalmente, han pretendido que provienen de las diez tribus de Israel arrojadas de su país y diseminadas por el oriente por Salamanasar, rey de los asirios. Pero esta opinión, sostenida con gran empeño por Adair y otros, tiene en su contra el testimonio uniforme de aquéllos que han observado de cerca las costumbres de las tribus americanas; afirman ellos que nunca

han encontrado entre éstas indicio o noticia alguna de la circuncisión, rito característico de los hebreos, siempre mantenido, aun en medio de las más variadas calamidades.

Otros escritores más instruidos, no dándose por satisfechos con estos vagos sistemas, se habían puesto a conjeturar que Asia y América debían haber estado juntas hacia el septentrión, o al menos sólo separadas por un angosto estrecho, por el que las tribus asiáticas hubieran podido trasladarse, en balsas o a través del hielo, a las opuestas riberas americanas menos sujetas, por ser occidentales, a los rigores del noreste. Esta conjetura se ha visto plenamente confirmada en nuestros días. El célebre navegante Cook descubrió, a comienzos de 1779, este presunto estrecho siguiendo los indicios del infortunado Behring. Se encuentra entre los grados 65 y 66 de latitud septentrional, entre el cabo más oriental de Asia y el Cabo Príncipe de Gales, situado en la costa occidental de América, casi en los alrededores del círculo polar ártico. La distancia entre uno y otro cabo es apenas de trece leguas inglesas, de modo que en el medio se ven ambas costas. Cook, habiendo observado la uniformidad de los respectivos litorales y la poca profundidad del mar intermedio, creyó, con razón, que los dos continentes estuvieron unidos ahí y que posteriormente fueron separados por alguna violenta irrupción del Océano. La elevada posición geográfica de este canal hace, sí, que la mayor parte del año se encuentre cubierto por un hielo durísimo y muy grueso; por esto, desde tiempo inmemorial proporciona un paso fácil y seguro a los habitantes de una y otra orilla. Así América comenzó a ser conocida y habitada quizás al cabo de un siglo, o poco después, de la catástrofe del diluvio, ya sea el de Noé o uno parcial, del que ahí se conserva indeleble memoria.

Yo, sin embargo, estoy persuadido de que aquel vasto continente, llamado impropiamente Nuevo Mundo, ha sido poblado en diversas oleadas y por varias naciones por tres partes diferentes. La primera es el estrecho ya mencionado descubierto por Cook. Los *tchuski*, que ocupan justamente el promontorio más oriental de Asia, fueron probablemente los primeros que cruzaron el canal cercano y se extendieron por las costas occidentales de América en busca de la caza, que ahí es abundante; al hallar un clima más be-

nigno que el propio, se establecieron ahí. Su ejemplo fue seguido poco a poco por varias hordas de las numerosas tribus que, con diversas lenguas y costumbres, vagan por los desiertos de la Tartaria china. Estas hordas, extendiéndose hasta el Golfo de México, se adueñaron gradualmente de las regiones más pobladas de América boreal, especialmente de aquellas que al presente gozan de una paz envidiable bajo el benigno dominio de los Estados Unidos. Algunos siglos después, los mexicanos, procedentes sin duda de una nación más culta, llegaron por el mismo camino. Estos, después de haber rechazado a los bárbaros que allí vivían, se extendieron hasta el Istmo de Panamá y en aquellas fértiles regiones fundaron el gran imperio electivo de México, que posteriormente, en el año 1521, por un mal gobierno del penúltimo emperador fue derribado por los españoles. Las grandiosas ruinas que restan de sus edificios, los jardines cultivados por los particulares y su capital, construida como Venecia, casi en el centro de un gran lago salado de más de cincuenta millas de circunferencia, con tres calles de comunicación que conducen a la campiña adyacente, y provistas en los lados de acueductos de agua dulce para aprovisionar a la ciudad, dan una gran idea de su inteligencia en las artes mecánicas. Sus códices escritos con caracteres jeroglíficos y su calendario perpetuo, explicado por el docto americano Clavijero y por nuestro erudito colega Mezzafonti, demuestran que en ningún caso ignoraban las ciencias útiles.

El mismo estrecho de Cook, sin duda, ya en tiempos anteriores, había facilitado el paso de los cuadrúpedos salvajes que se encuentran en América. En su mayor parte, éstos son del mismo género de aquellos que se encuentran en los bosques de Europa.

[…]

Por otra parte, los primitivos habitantes racionales de América Meridional, de índole mucho más tranquila y menos supersticiosa que los septentrionales, en cuanto yo puedo opinar, parece que no han tenido origen en las razas tártaras antedichas y que no llegaron a América por el estrecho de Cook. Ellos, generalmente, se dicen originarios del Occidente. La India oriental, justamente, está situada al Poniente de ellos. Muchas de las costumbres de peruanos y chilenos, que son los pueblos más cultos de esta parte

del Nuevo Continente, comprueban esta descendencia. Después del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza y del Estrecho de Magallanes, al cruzar los europeos el inmenso mar Pacífico, o sea del Sur, encontraron, y van encontrando cada día, un número increíble de islas, formadas en su mayor parte por pólipos coralinos, que distan poco unas de otras y se prolongan hasta las costas occidentales de América. Entre estas islas se ven los vestigios de varias más, habitables en otros tiempos, y ahora sumergidas por los volcanes, que son comunes allí, o por los embates del Océano. A través de este grupo de islas, varias tribus indias, expulsadas por guerras intestinas o deseosas de establecerse mejor, arribaron, ya a nado, ya en pequeñas embarcaciones, al litoral de América aún deshabitada. Propagándose rápidamente desde ahí, gracias a la bondad y fertilidad del clima, se esparcieron gradualmente por la vasta provincia donde, según su mayor o menor industria, fundaron ya diversas sociedades que se volvieron salvajes, como son las del Brasil, del Amazonas y de Paraguay, ya vastos imperios, como el de Bogotá, que duró tan poco, o el del Perú, que bajo el paternal gobierno de sus soberanos llamados Incas, se extendió desde el Ecuador hasta el Trópico de Capricornio, y se conservó por espacio de más de cuatrocientos años, hasta que por la discordia de dos hermanos que aspiraban al trono, cayó bajo el dominio español. Las instituciones políticas y económicas de este famoso imperio, así como los progresos que sus súbditos habían alcanzado en las ciencias y en las artes, han sido expuestos y alabados por muchos autores, especialmente por el célebre Presidente Carli en sus eruditas *Cartas Americanas*.

Los chilenses o chilenos, como son llamados ahora por los modernos, ocuparon aquella parte de la región que, entre el Océano Pacífico y las cordilleras se prolonga desde el Trópico de Capricornio hasta el grado 45 de latitud austral. Extraordinariamente amantes de su libertad, establecieron allí varias repúblicas, con éxito diverso; en la actualidad sus descendientes promueven con sumo ardor los progresos de la Independencia Americana. Entre estas repúblicas se ha destacado siempre la de los araucanos, que, hasta el día de hoy ha opuesto siempre un dique insalvable a las conquistas españolas.

La época de la emigración de peruanos y chilenos desde la India parece bastante posterior a aquélla en que emigraron otras naciones bárbaras, provenientes de la misma región, las que aún ocupan gran parte de América Austral. Yo creo que esta emigración es contemporánea o un poco posterior a la excursión de Alejandro hasta la desembocadura del Indo. Los remotos conocimientos de los chilenos, para no hablar de los peruanos, en el arte del tejido, del teñido, de la fusión de los metales, en el cultivo de las plantas gramíneas, que utilizaban en su pan fermentado con levadura, en la táctica militar, en la hidráulica, en la astronomía, en el juego del ajedrez, de las tablas y de la bola; y, sobre todo, la estructura de su lengua, que dispone de duales, aoristos, participios para todos los tiempos, de todo tipo de composición y, lo que es más admirable, de gran cantidad de vocablos netamente griegos y con la misma significación, no dejan duda alguna sobre su origen greco-indio. Carecían, es verdad, de toda clase de escritura, pero según Megastene, en aquella época ni siquiera los indios conocían el uso de los caracteres alfabéticos, que aprenderían posteriormente de los fenicios o hebreos, transformándolos a su manera.

Al tiempo del establecimiento de estas colonias asiáticas en América, o poco después, el noroeste de Europa contribuyó también a formar su población mucho antes del descubrimiento de Colón. Los noruegos, constreñidos por la esterilidad de su país, se habían dedicado, hacía tiempo ya, a recorrer el mar para procurarse el sustento, sea con la piratería, en la que eran famosos, sea con la pesca de la ballena, en cuya persecución descubrieron las costas del Labrador y Groenlandia, donde dejaron colonias. Los descendientes de éstas ocuparon paulatinamente las partes más septentrionales de América, semejantes por su rigurosa temperatura a su patria de origen, hasta el estrecho descubierto por Cook, quien observó sus peculiaridades y costumbres, muy diversas de las de los otros americanos. En efecto, entre otras diferencias de menor relieve y contra el uso general de los demás, ellos se enorgullecen de tener la barba larga y tupida; por otra parte su lengua tiene mucha afinidad con la de lapones y noruegos.

En siglos muy posteriores a la época del establecimiento de los primeros forasteros en América, la Polinesia, en el Océano Pacíf-

ico, fue ocupada enteramente por una numerosa nación proveniente, según parece, de las regiones meridionales de Asia. Dividida en varias tribus, se extendió por Nueva Zelandia, por los archipiélagos de los Amigos de la Sociedad y de Sándwich y por otras islas diseminadas en aquel mar. La fisonomía, la índole y la lengua de todas estas tribus tienen gran analogía con las de los *malesios*, que viven en las penínsulas e islas de la India Oriental. Parece un problema insoluble, según Cook, explicar cómo ha sucedido esto, dada la inmensa distancia que hay entre estos archipiélagos y la poca o ninguna práctica de esta gente en la navegación de largo curso. Sin embargo, es indudable que una misma lengua y, en consecuencia, una misma población, ocupa islas situadas a 1.600 leguas de distancia de Este a Oeste, y a 1.200 de Norte a Sur.

De todo lo que hasta aquí hemos expuesto, se ve que el género humano, originario de una sola estirpe, pudo propagarse fácilmente, no sólo en el viejo continente, cuyas partes están todas unidas, sino también en el nuevo, a despecho de su aislamiento, sin el concurso de grandes naves, por las tres vías practicables arriba señaladas: esto es, por el Noreste y Sureste de Asia y por el Noroeste de Europa.

(pp. 25-35)

WALTER HANISCH,
JUAN IGNACIO MOLINA Y SUS OBRAS,

Talca, Universidad, 1999.

Walter Hanisch, *Juan Ignacio Molina y sus obras*,
Talca, Universidad, 1999.

La época en que escribió Molina se ha considerado como pre-etnológica o pre-antropológica. Se verifican en ese tiempo los primeros contactos humanos y científicos con los diversos pueblos por medio de viajeros observadores preparados científicamente, que estudian los datos humanos con independencia de otras consideraciones. Usan como auxiliares el lenguaje y las comparaciones con otros pueblos, de modo que resulte un equilibrio entre lo nacional y lo universal. Se esboza en este tiempo la necesidad de acercarse a los pueblos exóticos con una preparación adecuada a las observaciones, que se desea realizar, y a los contactos humanos propios de la investigación.

En los escritos de Molina hay una serie de observaciones, que muestran que tenía abierto su espíritu a estas nuevas formas del pensamiento en torno al fenómeno humano, su cultura y evolución. Molina indica los pasos del hombre en el avance hacia la vida civil, dividiéndolos sucesivamente en cuatro grandes estados o períodos: "De cazadores pasan a pastores, luego a agricultores y finalmente a comerciantes, época en que se forma el hombre verdaderamente civil. Los chilenos al ser conocidos la primera vez por los españoles se encontraban en el tercer período. Ellos ya no eran cazadores, sino agricultores. El Dr. Robertson generalizó demasiado sus ideas cuando los colocó en estado de cazadores, profesión que ellos tal vez no abrazaron, sino sólo en los primeros tiempos de su establecimiento en Chile. Cansados bien pronto del fatigoso ejercicio de la caza, que en aquel país no es muy abundante y no teniendo sino pocos animales domesticados, se dedicaron a cultivar aquellas plantas nutritivas que la necesidad o las circunstancias les habían hecho conocer. Así la necesidad y no la elección fue lo que los empujó a pasar rápidamente al tercer período de la vida social".

La fuente de la división de los cuatro estados es la obra de Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, publicada en 1776. Por esta razón no aparece en el Compendio de 1776, sino sólo más tarde en la Historia Civil 115.

No deja de reconocer Molina que entre los indios de Chile no se encuentren otros en estados más primitivos. Las tribus de los valles orientales de la cordillera vivían en su mayor parte de la caza, vestían de pieles, se pintaban el rostro y llevaban una vida vagabunda. Así lo afirmaba en la Historia Civil, pero más tarde en la *Historia Natural* 1810 dice que tenían ganados y se desplazaban buscando pastos para sus animales. A pesar de esto eran aficionados a la carne de los animales salvajes y recorrían con este fin los valles de la cordillera y las llanuras que se extendían hacia el mar magallánico, en lo que empleaban la mayor parte del año.

Molina distingue tres grados de evolución humana: el salvaje, el bárbaro, y el civilizado. Este es el enfoque de la época respecto al progreso del espíritu humano en un esquema evolutivo natural. Esta triple división se debe a Adam Ferguson, que la expuso en su obra llamada: *Historia de la Sociedad Civil* (1767) y que tuvo larga vigencia durante un siglo hasta Lewis Morgan.

Los indios, según Molina, se hallaban en Chile a la época de la invasión incaica en estado de barbarie, que se halla en medio entre el salvaje y el civil. Lo prueba por el conocimiento de los números de la astronomía y de la medicina y añade que el lenguaje aporta indicios de otras artes. Subraya la dificultad de pasar de un estado a otro: "El paso de la barbarie a la vida civil no es tan fácil como a primera vista pudiera creerse. La historia de las naciones cultas demuestra la verdad de esta proposición".

Repetidas veces Molina se ocupa del problema de la transculturación. Antes de la invasión incaica: "los indios chilenos estaban todavía aislados y no tenían aquellas relaciones comerciales, que son las únicas guías que conducen al mejoramiento de los pueblos. Las naciones vecinas eran más rudas que ellos, exceptuados los peruanos; pero éstos por su ambición de dominio eran

más bien esquivados que buscados. Sin embargo aprendieron de ellos algunas cosas durante el tiempo que fueron dueños de las provincias boreales del reino".

La llegada de los españoles significó una transculturación más honda y por eso este acontecimiento fue: "una revolución inesperada que los obligó en gran parte a recibir otras costumbres y otras usanzas".

Muy de paso enuncia la necesidad de espíritu de observación al presentarse a una nación desconocida para fijarse en las cosas interesantes de ella. Lo dice como una queja al no hallar en los primeros escritos de los conquistadores datos completos sobre los indios en todos los aspectos culturales.

La preocupación de Molina por las comparaciones, que ilustren el conocimiento de los pueblos y sus instituciones, se manifiesta a cada paso en su obra y también afirma la semejanza general: "Apenas se halla costumbre entre los americanos que no se encuentre igual o análoga en otras partes de la tierra". Y prosigue con un ataque: "Si Robertson hubiera hecho esta comparación, no habría tenido ocasión de ponderar con exceso la rudeza y extravagancia de los salvajes americanos".

Sirva de ejemplo de comparación la que hace hablando de los machis: "Los machis, aunque no tienen dignidad sacerdotal como los médicos de todos los demás salvajes, se asemejan bastante en sus imposturas a los Chamanes de Kamskadali, a los Mokkisi de África y a los Piaches del Orinoco". Es de notar que la comparación se inicia con la palabra Chaman, que posteriormente ha llegado a ser el sustantivo común para designar el oficio.

El fracaso de la transculturación entre la cultura europea y la araucana en la región libre controlada por los indios lo señala Molina al decir que son tenacísimos en conservar sus costumbres, como lo son todas las naciones no corrompidas por el lujo. Y hablando de sus cualidades y vicios hace esta consideración: "Si las laudables costumbres y los inocentes conocimientos europeos se introdujesen alguna vez entre ellos, se formaría bien pronto un pueblo merecedor de la estima universal. Pero esta feliz combinación perseverando el presente estado parece casi imposible".

Acerca del origen del hombre americano y de su paso a América escribió una memoria, que revela comprensión del problema con sentido moderno. Es original su idea de que chilenos y peruanos vinieron de la India Oriental. Sus argumentos se basan en su índole que es mansa y menos supersticiosa que la de los tártaros; en que se dicen originarios del poniente; en sus usos y costumbres, que hacen de chilenos y peruanos los pueblos más cultos de esta parte del nuevo mundo. Las islas descubiertas en el Pacífico facilitan el viaje y cree que su viaje es contemporáneo a la expedición de Alejandro Magno a la desembocadura del Indo. Prosigue con los argumentos tomados sólo de los indios de Chile: arte de tejer, de teñir, la fusión de los metales, el cultivo de las gramíneas, el pan fermentado, la táctica militar, la hidráulica, la astronomía, el juego del ajedrez y sobre todo su lengua, que tiene duales, aoristos y participios para todos los tiempos y gran cantidad de palabras griegas con el mismo significado. Todo esto le permite concluir sin lugar a dudas el origen greco-indio de los habitantes de Chile.

Hay cierta evolución en la idea de Molina acerca de este origen probado por el argumento lingüístico. En la *Historia Civil* indica las semejanzas del idioma araucano con las lenguas griega y latina declarando que no ve en ello nada más que un mero accidente. A pesar de esto en la misma obra insinúa el origen de las provincias australes del Asia y casi con los mismos argumentos, pero en cuanto a la lengua sólo dice que es suave y abundante de palabras como las de la India Oriental. Esta idea de Molina probablemente se reafirmó con el descubrimiento del sánscrito a fines del siglo XVIII y las relaciones de esta lengua con el griego y el latín; pudo con esto perfeccionar su teoría y afirmarla en su memoria, dando así un paso que faltaba en la *Historia Civil*.

Molina da a la lengua araucana un valor de fuente histórica, sobre todo a través del léxico, y también desea satisfacer la curiosidad de los sabios: "Las investigaciones sobre las lenguas de las naciones salvajes ocupan al presente la atención de muchos filósofos". Voltaire había indicado la importancia de la filología y la lingüística para el estudio de la historia. El P. Lorenzo Hervás se dedicaba al estudio de las más variadas lenguas del mundo, y sus obras y archivos son hasta hoy de gran importancia.

Juan Ignacio Molina considera la lengua como un carácter decisivo de la nacionalidad. Le sirve para señalar el principio de las migraciones a América. Es indicio de una cultura superior anterior a la llegada de los españoles. Le gusta comparar sus características con las de otras lenguas. Señala las diferencias de pronunciación, porque la lengua de Chile carece de dialectos. Indica con mucha parsimonia las palabras introducidas por otras lenguas. Exalta su riqueza y la inmensa variedad en la formación de vocablos, etc.

Explica, por medio de las palabras propias de los indios, los usos, las costumbres, los objetos, la organización política, social y militar, el ejercicio de la medicina, la botánica y la zoología. Usa como criterio la regla del P. José de Acosta, según la cual, si una cosa tiene nombre indígena, es autóctona, y la aplica generosamente.

Se echa de menos en Molina la noticia de otras lenguas de Chile y de la extinción de algunas, lo cual pudo conocer por los PP. García y Havestadt y por muchos otros. Molina critica a los viajeros porque no se aprende una lengua en un viaje, sino mediante un estudio constante. Cree que esta es la causa de que se hable de las imperfecciones de las lenguas, que no son tales, sino fruto de la falta de estudio y de buena información.

Muchas otras cosas se pueden decir de la antropología de Molina como el estudio de la cultura araucana comparada con otros pueblos y culturas de la historia universal, su prolijo inventario de usos, costumbres e instituciones, la religión y la moral; pero baste lo dicho para conocer su pensamiento siempre inquieto y estudioso de cuantas novedades ofrecían las ciencias de su tiempo. Como las ciencias progresan incesantemente es superfluo hacer una crítica del valor actual de las afirmaciones de Molina. Es suficiente decir finalmente que en materia científica era prolijo en usar los términos de los autores, que estaban más al día y que marcaban el progreso.

(pp. 34-37)

* * *

Hay empero un escrito de Juan Ignacio Molina que es su autobiografía intelectual, como se puede ver aun leyéndolo distraídamente. Este escrito corre impreso y en la segunda edición del *Saggio sulla Storia Naturale del Chili* de 1810. Este libro es para Molina una manera de recordar, un recorrido por la patria lejana de su infancia y juventud entretejido de recuerdos personales. El abate ve llegar la tarde de la ida, la luz se hace discreta, las sombras van creciendo sobre el paisaje del pasado y regresa por la última vez a Chile en la frágil barquilla de un libro. Es la cuarta vez, porque cada libro suyo es un viaje de regreso. El primero fue un viaje clandestino y secreto, tanto que la obra es anónima. El segundo fue una navegación a todas velas, su expedición científica montada a la moderna. El tercero es una obra épica dieciochesca, en que el humanismo de los héroes de Chile se une a la antropología. Y el cuarto es un regreso para decir sencillamente lo que hizo y hasta donde pudo hacerlo. La autobiografía se convierte en confesión tan sincera que hasta corre el riesgo de aniquilar su fama. Pobre abate, no tenía otra manera de regresar. Pide que sean justos con él. El tiempo deja atrás su obra. ¿Qué puede reclamar? ¿o sería mejor callar? No. Va a decir con orgullo que fue el primero que dijo tantas cosas de Chile que se ignoraban en Europa. Se defiende todavía de los ataques, pero ya sin impaciencia casi, porque donde hubo fuego quedan brasas. Le preocupa más dar el contorno de su vida. Por eso confiesa sus limitaciones: el trabajo tan pronto interrumpido por el destierro, los manuscritos de sus observaciones, que le llegaron a tiempo, pero tan destrozados, y la imposibilidad de reconstruirlos, porque el modelo único, Chile, está tan lejos. Es como un artista que, muerta la modelo en la mitad de la obra, la crea desde su interior.

(p. 53)